

Ignacio Martínez de Pisón

Fin de temporada





Seix Barral Biblioteca Breve

Ignacio Martínez de Pisón

Fin de temporada

© Ignacio Martínez de Pisón, 2020
por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: agosto de 2020
ISBN: 978-84-322-3699-0
Depósito legal: B. 12.790-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Llenaron sus vasos de Cynar y, entre ataques de hipo y risas de colegiala, las dos mujeres propusieron al unísono un brindis disparatado:

—¡Por las alcachofas!

Apuraron los vasos, agarraron la botella de amaretto y volvieron a hacer lo mismo:

—¡Por las almendras, las avellanas o lo que sea!

Se había convertido en una tradición. Todos los años, cuando concluía la temporada, lo celebraban emborrachándose con los licores más extravagantes. La cosa venía de tres veranos atrás. En septiembre de 1994, Rosa había tomado la determinación de cerrar el camping y para despedirse de los clientes los invitaba a acabarse las existencias de la cafetería, que de todos modos se iban a desaprovechar. Ese año, la última clienta había sido Mabel, una desconocida que había aparecido por allí dos días antes. A esas alturas sólo queda-

ban los licores que nadie quería, y las dos mujeres, mientras vaciaban todas las botellas, decidieron asociarse y mantener el camping abierto. Eso era lo que conmemoraban con esa borrachera. Pero la tradición no consistía tanto en emborracharse como en emborracharse con ese tipo de licores. Lo habían hecho los años anteriores, lo habían vuelto a hacer ese año y esperaban seguir haciéndolo muchos años más.

—¡Por el café o lo que sea que lleva el Tía María! —gritó Rosa, levantando la botella para mirarla al trasluz.

Chileno y Palma, los gatos oficiales del camping, corrieron a refugiarse entre las sombras.

—¡Por el café! —coreó Mabel con voz chillona.

Desde el extremo de la barra, Iván las observaba con displicencia. Mabel le señaló con el vaso.

—¿Tú no bebes? Ya eres mayor de edad. —Miró a Rosa con picardía—. ¿O es que delante de tu madre te da vergüenza?

—Las que dais vergüenza sois vosotras —replió el chico—. ¡Vergüenza ajena!

Ellas acogieron sus palabras con risitas histéricas e hicieron chocar los vasos gritando ¡chinchín, chinchín! Luego Mabel soltó una de sus arrugadas toses de fumadora y dijo:

—¡A saber dónde estaríamos ahora si no hubiera sido por estos licores! Yo probablemente en el taxi, en la estación de Tarragona, esperando

cazar algún turista. ¿Y vosotros? ¿Viviendo a salto de mata?

—Lo importante es que estamos aquí. —Rosa se estiró sobre la barra para alcanzar una botella de Bénédictine—. Y que al final las cosas no han salido tan mal. ¡Un negocio que hace sólo tres años parecía muerto y enterrado! Aún no he echado cuentas pero creo que ahora podríamos permitirnos recuperar viejos proyectos: la piscina, la pista de *squash*...

—¡Ya estás subiéndote a la parra! —protestó Mabel—. ¿No aprendiste nada con la crisis? Olvídate de la piscina. Lo que hay que hacer es guardar un poco de dinero para cuando vuelvan los malos tiempos.

—¿Por qué van a volver? Este año ha sido mejor que el pasado, el año que viene será mejor que éste, ¿y quién nos dice que los años siguientes...?

Iván zanjó la discusión:

—Vamos fuera. Aquí hace calor.

La cafetería era una construcción cuadrada, fea, con una terraza de obra y barandillas de madera. La pared, con baldosas hasta media altura, lucía una gastada cenefa de tortuguitas, vestigio de una etapa anterior en la que el camping se llamaba La Tortuga Verde. Junto a la ventana colgaba una vieja diana, tan agujereada que los dardos apenas si tenían superficie en la que clavarse, y en torno a los faroles de inspiración náutica revoloteaban unas cuantas polillas. En una esquina estaba api-

lado el mobiliario de jardín, protegido por grandes plásticos transparentes. En otra había tres sillas y una mesa, todavía con los restos de la cena.

—Mira que erais raros —dijo Mabel, sentándose—. Siempre tan juntitos, siempre haciéndoos caricias. Al principio no sabía cuál era la relación: si erais madre e hijo, si erais hermanos... ¡Pero el incesto lo daba por seguro!

—Tampoco es que tú parecieras muy normal —dijo Iván—. ¿A quién se le ocurre mudarse a un bungalow?

—Vosotros vivíais en un bungalow.

—¡Es distinto! Cuando mi madre me lo comentó, pensé que estabas loca. Por el mismo precio podías haber alquilado un apartamento en la playa.

—Daba la sensación de que estabas huyendo de algo —dijo Rosa.

—Y estaba huyendo. ¡De un marido insoportable! —Soltó una carcajada—. Todo en vosotros era extraño, pero ¿sabéis qué es lo que me pareció no extraño sino extrañísimo, lo más extraño de todo? Que sólo escucharais música de los setenta. Canciones de las que ya nadie se acordaba: Al Stewart, Electric Light Orchestra... Y nada de céds. ¡Casetes! ¡Ca-se-tes! Vaya par de marcianos estabais hechos... En ti aún lo podía entender, pero en él... ¡Un chico de dieciséis años! No sé qué música os gustaba a los de tu edad, pero seguro que ninguno había oído hablar de Chicago o Fleetwood Mac.

—«*If you leave me now, you'll take away the biggest part of me...*» —empezó a cantar Iván, y rápidamente las otras dos le hicieron los coros:

—«*U-u-uh, no, baby, please don't go...*»

—Voy a por la guitarra.

El chico apoyó el pie en el travesaño de la barandilla y se dispuso a saltar.

—¡Cuidado! —le advirtió su madre—. ¡Está medio suelta!

Pero él corría ya hacia su roulotte. Las dos mujeres intercambiaron una sonrisa.

—Es un chaval estupendo —dijo Rosa—. Qué suerte he tenido.

—Y qué suerte ha tenido él de tenerte a ti. —Mostró Mabel su vaso vacío—. Bueno, ¿qué pasa con el Bénédictine?

Un año antes, Iván había abandonado el bungalow que compartía con su madre para mudarse a la roulotte, una Eriba roja y blanca de formas redondeadas que algún veraneante había dejado abandonada en la prehistoria del camping. Era poco más que una cabina con ruedas pero le bastaba con eso. En sus escasos cuatro metros cuadrados cabía todo lo que necesitaba: el camastro instalado sobre unas cajoneras de formica, la mesita con el taburete atornillado en el suelo, la estantería con el equipo de música y los discos. La guitarra estaba en la única esquina libre, al lado de las gafas de bucear, el casco de la moto y las raquetas.

—«*On a morning from a Bogart movie, in a country where they turn back time...*»

Tenía poca voz pero para según qué canciones no necesitaba más. Apareció desde la oscuridad tocando los primeros acordes de *The Year of the Cat*, mientras todavía Rosa y Mabel lanzaban brindis a la salud de los monjes benedictinos. Ahora ellas empezaron a contonearse al ritmo de la música y a chapurrear el estribillo. Cantaron aún un par de canciones más, todas de la misma época, antes de que Iván anunciara que se iba a acostar. Entonces Rosa se le acercó por la espalda y le masajeó el cuello.

—¿Qué os decía? —protestó Mabel—. ¡Ya estáis otra vez tocándoos!

—Tocándome ella —puntualizó el chico.

—En aquella época os tocabais los dos. Y os decíais mi pajarito, mi gorrioncito, mi colibrí...

—¡Eso es mentira!

Mabel se encendió un cigarrillo y dio un matotazo al aire para apartar el humo.

—También me llamó la atención lo de las fotos. Una pared entera llena de fotos, pero sólo fotos del niño. Iván en la playa haciendo un castillo de arena, Iván bajo la lluvia, Iván calzándose unas botas de montañero... En ninguna foto salía nadie más. Ni siquiera tú, Rosa. Cuando te pregunté por qué, me dijiste: ¿entonces quién hace la foto? ¡Eso dijiste! ¡Entonces quién la hace! Nunca había una tercera persona que pudiera haceros una foto, y ni

siquiera imaginabais que pudiera llegar a haberla...
¿Tan solos estabais?

Iván apoyó la guitarra en la pared y, haciendo una mueca de asco, dio un trago al Bénédictine de su madre. Dijo:

—Me acuerdo del día que llegamos. En lo más bajo de la temporada baja: los negocios cerrados, las persianas bajadas, las aceras vacías... ¡Eso sí que era soledad! Una soledad profunda, metafísica, como si hubiera habido una catástrofe y sólo quedáramos nosotros dos en el planeta. Y tú, simulando que todo te encantaba, repetías: ¿no te parece que está todo muy limpio y muy ordenado? Y luego: y la luz, ¿qué?, ¿qué me dices de la luz?

—Era un día muy luminoso —afirmó Rosa—. Y estaba todo muy limpio y muy ordenado.

—¿Cómo podías creer que aquello iba a gustarle a un niño? —explotó él, mientras las dos mujeres sonreían—. Y el primer día, cuando pusimos el cartel de ABIERTO y no apareció nadie..., ¿te acuerdas? Estábamos en la pecera. Tú fingías revisar unas cuentas pero en realidad no tenías nada que hacer. Estábamos atentos al ruido de la carretera por si algún coche se desviaba hacia aquí en vez de ir a las pistas de tenis. Después de varias horas, oímos que uno reducía la velocidad, venía hacia el camping, se disponía a frenar... Por fin íbamos a tener un cliente. ¡Nuestro primer cliente! Entonces apareció el coche. El conductor asomó la cara y fue vernos, hacer un gesto de disgusto y em-

pezar a maniobrar para ir a las pistas... Y tú, que habías estado conteniendo la respiración, gritaste: ¡corre a jugar al tenis!, ¡ojalá tropieces y te rompas un brazo!

—¿Ojalá tropieces, dije? —dijo Rosa.

—Ojalá tropieces y te rompas un brazo, dijiste —dijo Iván.

—¡Ojalá tropieces y te rompas un brazo, ja ja! —repitió Mabel, y un instante después estaban los tres retorciéndose de risa.

—¿Estábamos solos o no estábamos solos? —dijo Iván, bebiendo otro sorbo de Bénédictine.

Llamaban pecera al despachito de recepción, una caseta con una ventana corredera que miraba a la carretera. Desde el tejadillo, un cartel en varios idiomas daba la bienvenida al Camping Florida. De allí salían dos caminos: uno que cruzaba los pinos en dirección a la vía del tren y luego dibujaba el contorno del terreno, y otro, el principal, que serpenteaba entre la cafetería, las duchas y la zona de acampada. Tanto uno como otro tenían grandes rodadas y profundos surcos que en algunos puntos parecían excavados en piedra. Los bungalows estaban a la espalda de la cafetería, separados de ésta por un seto en forma de ele y por un tendedero con sábanas y toallas. Eran sólo dos, idénticos por fuera, con un pequeño porche, ventanas con postigos y tejado a dos aguas. Si por dentro uno parecía algo

más grande que el otro, se debía a que se había suprimido la cocina para ampliar el cuarto de estar (fue el que en su momento eligieron Rosa e Iván). Por lo demás los dos bungalows eran iguales, con finos tabiques de aglomerado y un ojo de buey orientado hacia la pequeña explanada que usaban como aparcamiento.

La roulotte de Iván estaba al otro lado de la explanada, a unos quince metros de distancia, pegada a los primeros pinos y al sombrero de cañizo en el que guardaba la moto, una Ducati 900 de color rojo comprada de segunda mano. Allí la tierra olía de otra manera, no mejor pero sí más limpia, más auténtica. Olía a hierba mojada, a madera, a resina, a miel, a rocío, o eso le parecía a él, que no echaba de menos la época en que todavía vivían en un piso, como todo el mundo. A Iván le encantaba la soledad del otoño en el camping, sin nada que hacer, dejando que el tiempo pasara mientras el viento agitaba las ramas con suavidad. Durante los seis meses de la temporada baja, en los que no tenían jardinero, todo quedaba un poco a la buena de Dios. La naturaleza se apresuraba entonces a recuperar su estado salvaje. La maleza crecía sin control y un manto de broza y restos vegetales acababa cubriéndolo todo. En la zona de acampada, vacía ahora, las altas hierbas formaban un lecho que invitaba a tumbarse y mirar las nubes. Para Iván aquello era el paraíso. Un paraíso suyo, aislado de todo, particular, por el que paseaba como un terrateniente por sus posesiones.

Hablando en los mismos términos que Mabel, a él esa forma de vida nunca le había parecido extraña. Ni siquiera el primer año, recién llegados de Jaca, donde Rosa había trabajado de recepcionista en el Gran Hotel. Entonces Iván tenía trece años y ni se planteaba si algo era extraño o no. Que la mayoría de la gente viviera de otro modo no quería decir que ése fuera el único modo correcto. Él estaba acostumbrado a cambiar de ciudad cada poco tiempo y a incorporarse a las clases a mitad de curso y a volverse a marchar justo cuando empezaba a hacer amigos. Las fotos del bungalow eran sólo un reflejo incompleto del que hasta entonces había sido su itinerario: Iván con dos años delante del Teatro Arriaga de Bilbao, Iván con un paraguas en una calle de Logroño, Iván en Torrelavega el día de la vuelta ciclista, Iván en la playa de Gijón haciendo un castillo de arena, Iván en Jaca calzándose unas botas de montañero... En todos esos lugares y alguno más había vivido con su madre, y en ninguno de ellos habían soñado jamás con permanecer tanto tiempo como llevaban ya en el camping: ¡seis años y medio! ¿Qué era normal y qué no lo era? ¿Era normal seguir dando tumbos de aquí para allá? ¿Era normal tener por fin un sitio donde quedarse a vivir? Lo curioso era que se había convertido en definitiva una vida concebida precisamente para ser provisional: el camping, el bungalow. Pero hasta la propia Mabel reconocía que vivir como vivían ellos, en un bos-

que privado y a cientos de metros del primer vecino, era un lujo al alcance de muy pocos. ¿Eso era lo extraño? ¿Que ellos, unos pobretones, pudieran vivir como unos privilegiados?

En realidad, todo se debía al azar. O, mejor dicho, a una cadena de azares. Si en septiembre de 1994 no hubiera aparecido Mabel a tiempo de salvar el camping, ellos dos ya no estarían allí. Y si en febrero de 1991 Rosa no hubiera trabajado en un hotel, nunca habría llegado a tener noticia de la existencia del propio camping, cuyo traspaso se anunciaba en un boletín de hostelería. Y si en octubre de 1989 no se hubiera incendiado una de las centrales nucleares, el coste del traspaso no habría sido tan barato y Rosa ni siquiera se habría planteado la posibilidad de afrontarlo. Y si, y si... La cadena de azares podía alargarse hasta el infinito, y resultaba más sencillo pensar que la bolita de la ruleta se había parado allí, en ese rincón de la provincia de Tarragona, como podía haberse parado en cualquier otro sitio. Y punto.

El día de la llegada a Miami Platja, ese que Iván asociaba con una soledad metafísica y profunda, habían dado un largo paseo por el pueblo. Por mucho entusiasmo que Rosa manifestara, era todo bastante decepcionante. Unas cuantas calles rectas con anodinos bloques de apartamentos de tres o cuatro alturas, más algunos chalés pretenciosos con profusión de escayolas y grandes torreones encalados, inspirados en la que debía de ser la úni-

ca construcción antigua del lugar, una torre vigía similar a tantas otras en esa zona del litoral mediterráneo. Aparte de eso, un par de hoteles desangrados y las clásicas rotondas con adelfas, palmeras y pinos. Y ya estaba: eso era Miami Platja. Si no hubiera sido porque Rosa había tomado la firme determinación de convertirse en su propia jefa, quién sabe si no se habría dado prisa en volver a Jaca para pedir que la readmitieran en su antiguo empleo. A punto de cumplir treinta y un años y con un niño de trece, aquélla era su apuesta decisiva, en la que iba a jugarse el todo por el todo. Del fracaso o el triunfo en ese desafío dependería que fuera a ser una fracasada o una triunfadora el resto de su vida. Lo que consiguiera ser en los años siguientes lo sería ya para siempre, así que no iba a flaquear a las primeras de cambio sólo porque el sitio no fuera el más bonito del mundo.

Ahora podía decir que las cosas habían salido bien, y ese lugar que al principio les había resultado tan ajeno les proporcionaba una seguridad y una estabilidad que no habían encontrado en ninguna de sus etapas anteriores. Allí tenían futuro. Allí, por primera vez, podían prever cómo sería su vida cinco, diez, quince años después. Lo más curioso era que hubieran ido a arraigar en un sitio en el que muy pocos echaban raíces. En Miami Platja no vivía casi nadie fuera de los meses de verano, y los pocos que vivían parecían estar de paso, incluidos los propietarios de las mejores casas, las más

ostentosas, casi siempre andorranos ricos que se retiraban allí a disfrutar de la playa y el buen tiempo pero que, pasados dos o tres años, acababan cansándose y poniéndolas a la venta. Muchos trabajadores se instalaban sin sus familias, como auténticos temporeros: los de la construcción porque las promotoras tenían más proyectos en otras partes del litoral, y los de las nucleares porque, del mismo modo que habían sido enviados allí, en cualquier momento podían ser trasladados a otra central en España o Francia.

La propia existencia de las centrales nucleares acentuaba el carácter accidental y provisorio del lugar. Dos de ellas estaban a menos de cinco kilómetros. No desde el mismo camping pero sí desde un promontorio cercano se veían las dos torres destacando contra el gris del mar: en primer término, Vandellós I, una construcción cuadrada y sin gracia, como una inmensa caja de zapatos que las olas hubieran arrastrado hasta la orilla, y a su espalda Vandellós II, redondeada, chaparrita, con aspecto de juguete para niños. Aunque el desmantelamiento de la primera, que se iba a prolongar a lo largo de tres décadas, se había decretado poco después del incendio, la segunda seguiría operativa indefinidamente, y de todos modos aún había una tercera central, la de Ascó, situada a sólo treinta kilómetros. Tres centrales en un palmo de terreno. No había otro punto en España tan expuesto al riesgo de un accidente nuclear, y el recuerdo del

incendio de 1989, con una columna de fuego visible en mitad de la noche a decenas de kilómetros de distancia, advertía sobre la probabilidad de nuevas calamidades. Lo que ya había ocurrido podía volver a ocurrir, y quién sabía si en esa nueva ocasión se evitaría que hubiera víctimas mortales... ¿Cómo hacer planes a largo plazo en un sitio así? ¿Y quién podría considerar definitivo un destino cuya esencia era precisamente la provisionalidad?

Rosa y Mabel tenían al menos una cosa en común: habían podido elegir su vida después de que la vida siempre eligiera por ellas. Y no es que esa vida que habían elegido fuera gran cosa, pero era suya. Era su vida. Arrastradas hasta allí por distintos aluviones, era inevitable que sintonizaran, porque compartían el mismo sedimento de fracasos e infortunios.

La historia de Mabel, como la de Rosa, se había torcido en la adolescencia. A los catorce años, Mabel era un niña menudita y ligera a la que le encantaba correr. Destacaba tanto en las competiciones escolares que las propias monjas la animaron a participar en campeonatos oficiales y la inscribieron en un club de atletismo. El entrenador, un antiguo subcampeón de España de los 5.000 metros lisos, vio en ella un potencial extraordinario y se propuso convertirla en una gran campeona. Con ninguna de las chicas del equipo infantil se tomaba tantas molestias como con Mabel, a la que

iban dirigidas todas sus indicaciones, advertencias y reprimendas. Ella, halagada y también un poco intimidada, se juró no decepcionarle. Prolongaba las horas de entrenamiento, duplicaba las sesiones de ejercicios, respetaba la dieta alimentaria y los horarios de sueño. Se preparaba, en definitiva, para ser la mejor. Las victorias empezaron a llegar, y la alegría del entrenador era tan grande que sus arrebatos de cólera quedaban sobradamente compensados. En uno de esos momentos de efusión comenzaron los abusos. Para ella lo importante era tenerlo contento, así que ni se le pasó por la cabeza resistirse. Pronto los abusos dejaron de ser ocasionales para convertirse en algo habitual. Eso no afectaba a su rendimiento deportivo, que al fin y al cabo respondía a la misma necesidad enfermiza de complacerle. A los diecisiete años era la atleta más prometedora de la provincia, con una docena de medallas obtenidas en los Juegos Escolares y el Campeonato Juvenil de Clubes.

En un torneo en Valencia se enamoró de un estudiante de fisioterapia llamado Ximo y decidieron huir juntos. Pero ella era todavía menor de edad. La policía, tras localizarla en el pueblo natal del chico, la devolvió a su casa. Mabel juraba que volvería a marcharse en cuanto tuviera ocasión. Los padres, creyendo que era de ellos de quien estaba tratando de escapar, no paraban de llorar. El disgusto sirvió al menos para que nadie discutiera su decisión de abandonar el atletismo. Alejar-

se del entrenador la ayudó a reconciliarse consigo misma, aunque todavía había noches en que se despertaba aterrorizada porque él se le aparecía en las pesadillas. Pasados unos pocos meses, se había olvidado de Ximo y sus promesas de amor eterno. Uno de esos días entró en su casa y se encontró al entrenador allí, en el sofá del salón, departiendo alegremente con sus padres. Había ido para convencerla de que volviera a competir. Ella corrió a encerrarse en su habitación y no salió hasta estar segura de que se había marchado. Sus padres no entendían nada.

Por esa época cambiaba de novio con frecuencia. Uno de ellos le propuso que se casaran y ella aceptó de inmediato: era la manera de conjurar sus miedos sin tener que dar explicaciones. El marido, diez años mayor, era profesor de autoescuela y miembro muy activo de los grupos locales de catequistas. No tardaron en descubrir que no tenían nada en común, y Mabel, para asegurarse la independencia económica, obtuvo la cartilla municipal de conductor de vehículos públicos y se convirtió en la primera mujer taxista de Tarragona. En aquella época el divorcio aún no era legal y, de todos modos, las convicciones religiosas del marido lo habrían impedido. Hasta finales de los ochenta no se decidió a cambiar de vida, harta de pasar una mitad del día al volante y la otra mitad con un hombre al que no quería. Acordaron iniciar un proceso canónico de nulidad matrimonial,

que consumió sus ahorros y no se resolvió hasta el año 1994. Cuando en septiembre de ese año apareció por el camping, lo hizo para reflexionar tranquilamente sobre su futuro. Tenía pensado vender la licencia del taxi y dedicarse a otra cosa, pero aún no sabía a qué. Durante la absurda borrachera de la última noche le pareció que la providencia no cesaba de enviarle mensajes. A cada trago que daba de Cynar, amaretto o Bénédictine, las cosas se le presentaban con mayor claridad. ¿Por qué no quedarse a vivir en uno de esos bungalows y adoptar aquel sitio como el punto de partida de su nueva vida? ¿Por qué no asociarse con esa joven estrafalaria y triste, madre de un adolescente también estrafalario y triste? ¿Por qué no luchar por sacar adelante ese negocio que parecía condenado a la ruina? Al igual que Rosa, que entonces tenía treinta y cuatro años, Mabel, cuatro años mayor, sabía que se encontraba ante la que podía ser su oportunidad definitiva. También en su caso, como en el de Rosa, lo que fuera a ser de ella en el futuro dependería de su fracaso o su triunfo al frente del Camping Florida.

La vida las había baqueteado pero no las había endurecido. Eran dos corazones heridos, dos criaturas lastimadas, y el hecho de que las dos fiaran su propia salvación a la salvación del negocio terminó de unir las. Como suele ocurrir entre hermanos bien avenidos, también ellas se repartieron de forma instintiva virtudes y responsabilidades.

Rosa, infatigable, concienzuda, algo distante, se ocupaba sobre todo de las tareas de administración y dejaba el trato con la gente para Mabel, más sociable y bulliciosa. Mabel era asimismo bastante más práctica. Si no hubiera sido por ella, que compró un ordenador de segunda mano y lo instaló en la pecera, la gestión de la empresa se habría seguido haciendo a la manera tradicional, con una carpeta para las facturas, un talonario de recibos y un libro de reservas en el que Rosa anotaba con su letra achatada e infantil nombres, matrículas y ciudades de procedencia. Con la ayuda de un manual aprendieron a manejar el procesador de textos y las hojas de cálculo. Curiosamente, lo que una no entendía a la primera lo entendía la otra, y viceversa. Se complementaban de un modo natural. En pocos meses se tejió entre ellas una tupida red de complicidades que las volvió inseparables. Parecían, sin serlo, una pareja de lesbianas a punto de entrar en la mediana edad, y todo el mundo pensaba que se habían criado juntas. ¿Qué eran? ¿Más socias que amigas o más amigas que socias? El profundo entendimiento entre ellas se extendía a todas las facetas de la vida porque el ocio y el negocio se presentaban mezclados y los límites de lo privado se difuminaban. Aunque tanto ellas como Iván durmieran en cubículos independientes, en el camping se hacía vida en común: comían juntos en la cafetería, utilizaban los aseos colectivos, se tumbaban en el mismo ribazo a echar la

siesta. Socias, amigas, vecinas...: lo eran todo la una para la otra. Rosa no recordaba una relación comparable desde que la vida la alejó de Yolanda, su gran amiga de la adolescencia, que tanto la había ayudado cuando decidió irse de Plasencia para tener a Iván. En cuanto a Mabel... La misma Mabel que se reía de ellos porque no tenían a nadie que los fotografiara juntos debía reconocer que nunca en su vida había tenido una amiga, una amiga de verdad. Primero el atletismo, luego los abusos y finalmente el matrimonio prematuro lo habían impedido. Ahora era distinto. Ahora se tenían la una a la otra. Ahora tenían el refugio del camping, libre ya de incertidumbres económicas... ¿Cuántas veces en el pasado habían estado tan bien como entonces? Después de mucho tiempo, tanto Rosa como Mabel se sentían por fin en paz consigo mismas y con el mundo.

Iván salió de la tienda y cruzó el paseo marítimo en dirección al Club Náutico, que era donde había aparcado la Ducati. Había tenido que ir hasta Cambrils porque en ninguno de los pueblos cercanos había tiendas de teléfonos móviles. Se había decidido por uno de esos Ericsson que se abrían para acceder al teclado y tenían una diminuta antena negra. Era su primer móvil. Lo guardó en un bolsillo de la cazadora y se aseguró de que la cremallera quedara bien cerrada. Luego montó en la

moto, se puso el casco y emprendió el regreso a Miami Platja. Un cuarto de hora después bajaba en punto muerto por la calle Cádiz, la del instituto, al que no había ido desde hacía una semana. Tano, su mejor y casi único amigo, le estaba esperando dos esquinas más abajo, junto al buzón. Era la hora del recreo.

—¿No podías haber venido por otro lado? ¿Y si te ve algún profesor?

Enjuto, renegrido, Tano tenía un tic que le hacía torcer el cuello como si le apretara el primer botón de la camisa. Era un espasmo leve, casi imperceptible, pero transmitía una sensación de inseguridad y temor. Iván le enseñó orgulloso su teléfono nuevo. El otro, tras una primera reacción de sorpresa, se mostró contrariado:

—¿Amarillo? ¿Por qué amarillo? ¿Desde cuándo te gusta el amarillo? ¿No había otro color? ¿No había verde o azul? ¿Sólo había amarillo?

—¿Te quieres callar? —le interrumpió Iván—. ¿Has traído eso?

—Es que amarillo... —seguía rezongando Tano, mientras sacaba unos formularios del bolsillo de la mochila.

Iván los cogió y lo observó suspicaz:

—Aquí están sólo los míos. ¿Y los tuyos?

—Mis padres no me dejan.

—¡Te estás rajando! ¡Me metiste en esto y ahora te rajas! Todo aquello de que era pan comido, ¿qué? ¡Que si no exigían formación previa, que si

preferían trabajadores de la comarca...! ¡Y ahora vas y me dejas colgado!

—Me han dicho que mientras no acabe el instituto...

—¿Y el Ibiza que te querías comprar? ¿Y el viaje que íbamos a hacer por Europa?

—Si no me dejan, no me dejan.

—¡Habérmelo dicho antes y me habría ahorrado las molestias!

—A lo mejor en verano, si apruebo... —Se le escapó el tic dos veces seguidas—. Otra cosa: los profesores no hacen más que preguntarme por ti. Yo les digo que estáis haciendo obras en el camping. Pero tendrás que traer un justificante de las faltas.

Iván, desdeñoso, exclamó:

—¡Que les den por culo! —Y arrancó dando un ruidoso acelerón.

Las oficinas de contratación de ENRESA estaban en la avenida de Barcelona, cerca del consultorio médico. Aparcó la moto en la otra acera y se tomó unos minutos antes de cruzar. De repente todo eran dudas, temores. ¿Qué haría si finalmente lo rechazaban? ¿Humillar la cabeza y volver al instituto, que para él formaba parte de una etapa ya superada de su vida? En su interior crecía el rencor hacia su amigo, al que hacía responsable de su eventual fracaso. Le resultaba más fácil odiar a Tano que reconocer sus propios temores. Por su culpa, por culpa de Tano, las cosas habían dejado

de ser sencillas. Conseguir un buen trabajo, no tener que pedir dinero a su madre, viajar por todo el mundo en vacaciones...: todo eso que había creído tener al alcance de la mano ya no lo estaba. ¿Por qué tendrían que contratarlo a él, Iván, cuya única experiencia laboral había consistido en ayudar a Mabel en la cafetería? En el currículum se presentaba como encargado de mantenimiento del Camping Florida. ¿Cuánto tardarían en darse cuenta de que se estaba tirando un farol, ya que su escasa familiaridad con el manejo de herramientas la había adquirido las pocas veces que había echado una mano en sus chapuzas a Driss, el jardinero del camping y hombre para todo?

Se decidió por fin a cruzar la calle y abrir la puerta. Un empleado con un cerco de vitíligo en torno a los labios le hizo señas desde un escritorio. Él tomó asiento y entregó la documentación.

—Falta la firma —dijo el hombre—. Y el número de teléfono.

Iván se sentía torpe. Para anotar el número tuvo que buscarlo en los papeles del móvil. Al sacarlos del bolsillo, se le cayó al suelo la garantía. Se agachó a recogerla temiendo tirar otra cosa. Se daba cuenta de que estaba dando sensación de nerviosismo, y eso lo ponía más nervioso.

—¿Y un teléfono fijo?

Iván negó con la cabeza. El otro mostró su extrañeza.

—¿Vives en un camping que no tiene teléfono?

—Mi número es el del móvil.

A su madre no le había dicho nada. Su idea era no decírselo hasta saber si lo habían admitido o no, y no quería que se enterara por una llamada de un desconocido al teléfono del camping. Por eso se había apresurado a comprar el móvil. Primero él, luego ella. Teóricamente no existían grandes secretos entre su madre y él, pero poco a poco había ido descubriendo que algunas cosas era mejor no contárselas. O no todavía. O no tal cual.

—Muy bien —dijo el del vitíligo—. Sólo el número del móvil.

—Ya está —murmuró Rosa.

Su única condición había sido que su hijo no debía enterarse. No hubo problemas porque ese sábado Iván estaba ocupado con el equipo de futbito: entrenamiento, partidillo, cena trimestral. Rosa esperó a verlo marchar y corrió al bungalow de Mabel.

—Ya se ha ido.

—Pues vamos a ponernos guapas.

Sobre la cama estaba extendida la ropa que habían elegido para la fiesta: el conjunto sobrio y rectilíneo de Rosa, el audaz vestido de Mabel con gasa y lentejuelas. Se los pusieron y se contemplaron en el espejo de cuerpo entero del armario.

—¡Qué envidia me das! —dijo Mabel—. Una mujer como tú hace así con los dedos y tiene a diez tipos a sus pies. ¡Verás esta noche!